

# NERUDA Y LA ESENCIA DE LA POESÍA

*Eduardo Carrasco Pirard*

Departamento de Filosofía. Universidad de Chile

## LA POESÍA

*Y fue a esa edad... Llegó la poesía  
a buscarme. No sé, no sé de dónde  
salió, de invierno o río.  
No sé cómo ni cuando,  
no, no eran voces, no eran  
palabras, ni silencio,  
pero desde una calle me llamaba,  
desde las ramas de la noche,  
de pronto entre los otros,  
entre fuegos violentos  
o regresando solo,  
allí estaba sin rostro  
y me tocaba.*

*Yo no sabía qué decir, mi boca  
no sabía  
nombrar,  
mis ojos eran ciegos,  
y algo golpeaba en mi alma,  
fiebre o alas perdidas,  
y me fui haciendo solo,  
descifrando  
aquella quemadura,  
y escribí la primera línea vaga,  
vaga, sin cuerpo, pura  
tontería,  
pura sabiduría  
del que no sabe nada,  
y vi de pronto  
el cielo  
desgranado  
y abierto,  
planetas,  
plantaciones palpitantes,  
la sombra perforada,  
acribillada*

*por flechas, fuego y flores,  
la noche arrolladora, el universo.*

*Y yo, mínimo ser,  
ebrio del gran vacío  
constelado,  
a semejanza, a imagen  
del misterio,  
me sentí parte pura  
del abismo,  
rodé con las estrellas,  
mi corazón se desató en el viento.*

(Memorial de Isla Negra, I, Donde nace la lluvia)

## I

A partir de este poema, intentamos mostrar, desde la filosofía, la comprensión que tiene Neruda de su propio quehacer. El poema "La poesía" relata la experiencia, por medio de la cual, el individuo llega a la poesía. Al mismo tiempo, se muestra con ello, la esencia de la poesía. Nuestra tarea es seguir este mismo plan en nuestra interpretación: describir un itinerario que muestre aquello, en lo cual éste mismo logra su consumación.

Notemos de inmediato que el título del poema podría prestarse a confusiones, puesto que pudiera él inducir a pensar que se va a hablar aquí de "la poesía", del género literario ubicable bajo ese nombre. En lugar de ello se describe una experiencia. Esto quiere decir que para Neruda, lo que sea la poesía está comprometido principalmente en esa experiencia. Su descripción, viene a ser la forma de manifestarse poéticamente esa esencia. Según esto, la esencia de la poesía no está en lo literario, entendido como un modo que adopta la expresión lingüística, sino en el secreto que esconde la vivencia de donde ella surge. Lo poético, más que una modalidad de la literatura, es una modalidad de la vida, una forma de experimentarse a sí mismo y de relacionarse con la totalidad de lo existente.

Lo primero que debemos señalar, es que el hecho de que se relate aquí una experiencia, no significa que nos movamos en un espacio de lo puramente individual y subjetivo. El poeta Neruda nos muestra lo que fue efectivamente su entrada en la poesía, pero lo hace de tal modo, que a través de su propia vivencia, se nos aclara la esencia de toda poesía. El título mismo del poema nos lo dice claramente: no *una* poesía, o *mi* poesía, de ninguna manera, *lo que yo pienso acerca de* la poesía, sino muy escuetamente, repetimos: "La poesía".

De modo que lo que se intenta poner a la luz es la esencia de la poesía, sin más. Y si no fuese así, este escrito no sería un poema, sino una simple comunicación particular, una confesión de un individuo, sus impresiones personales. Este tipo de comunicaciones pueden ser ilustrativas, hasta un punto que no nos corresponde juzgar, pero no tienen nada que ver con la labor epifánica del poeta, de la cual, este mismo poema es un excelso ejemplo. Esto equivale a decir que no es la vivencia misma lo que aquí importa, sino lo que se muestra en ella. En una vivencia podría exhibirse algo que rebasase lo “subjetivo”, y, en este sentido, la experiencia podría mostrarse, al revés de lo que comúnmente se piensa, como la ventana para acceder al paisaje de lo que no es meramente un punto de vista entre otros. Lo que entendemos bajo la expresión, “experiencia”, es este rebasamiento, por el cual lo otro que el individuo se manifiesta. Una experiencia de sí mismo, o una experiencia del sujeto sólo son posibles, en la medida en que, en cada uno de nosotros, hay constantemente un otro.

## 2

En la poesía de Neruda, tanto la imagen de la tierra, como la del mar, nos abren hacia la visión de una realidad metafísica, que da sentido y significación a todas las cosas que existen en su ámbito. “Tierra” y “mar” son formas de presencia de un innombrable, cuya constatación, de acuerdo con lo expresado por Neruda, conlleva una transformación radical del ser humano. Ahora se trata de mostrar, de qué modo estas experiencias dan acceso a la poesía. Pero antes de abordar directamente este problema, la primera duda que nos asalta es la de estar reduciendo con este tipo de lectura, toda la poesía de Neruda a su sensibilidad metafísica. ¿Es esto lícito? ¿No es Neruda acaso, precisamente el detractor de una tal interpretación? ¿No es él, el defensor de un arte cercano a la sensibilidad popular y masiva, y receptivo a los problemas del mundo y de la sociedad, incluyendo los políticos? ¿Cómo podemos conciliar nuestra dirección de lectura, con las declaraciones del poeta a favor de una poesía más cercana a la vida, y con sus diatribas poéticas en contra de las tendencias más metafísicas, entre las cuales, el poema “Los poetas celestes”, de su “Canto General”, es el más claro ejemplo?:

*“Que hicistes vosotros, gidistas,  
intelectualistas, rilkistas,  
misterizantes, falsos brujos,... etc. etc.,  
... ante el reinado de la angustia,  
frente a este oscuro ser humano...?”*

(Canto General, Y la Arena Traicionada, II, Los Poetas Celestes)

Para responder a estas preguntas, debemos salir de los prejuicios ya instalados en la imagen más común que se tiene de la poesía de Neruda, e intentar buscar en los propios textos del poeta una explicación más correcta, es decir, una explicación que dé cuenta, en toda su complejidad, de la empresa artística que intentamos comprender. Demás está decir que muchas de las propias declaraciones programáticas que Neruda hizo durante su época más marcada por la política, ni siquiera serían aplicables al conjunto de su propia poesía escrita en ese momento de su vida. El propio *Canto General* contiene poemas que nada tienen que ver con esta propuesta ética, que quisiera permanecer sensible de un modo tan radical a los dramas del ser humano, la miseria, la explotación, el subdesarrollo. Por eso, es conveniente buscar textos, que en lo referente a las definiciones de su poesía, sean más reflexivos, más mesurados y más equilibrados. Éstos, en general, son aquellos en que el poeta ya tiene detrás de sí, una larga vida de encuentros y desencuentros consigo mismo.

*“Se amanece sin deudas  
y sin dudas  
y luego cambia el día,  
rueda la rueda,  
se transfigura el fuego”...*

(“Memorial de Isla Negra”. V, “Sonata Crítica”, “Se amanece”).

Por supuesto, Neruda nunca dejó de hacerse cargo de los dolores y de las luchas libertarias de los hombres de su época. Lo importante es que el tiempo y el distanciamiento que conlleva una experiencia más honda de la vida, lo hizo alejarse de las unilateralidades que pudieran haber marcado su obra en sus tiempos más militantes, y adoptar posiciones más autocríticas.

En un improvisado discurso del 31 de octubre de 1970, en la Municipalidad de Valparaíso, Neruda resume la dirección que ha seguido su poesía, de la siguiente manera: “He querido ser poeta para toda la gente, para todos los rangos. He querido ser poeta de la vieja historia del mundo y de la informalidad salvaje de lo desconocido, de la selva, del mar, del océano, de la profundidad. Pero también he querido ser poeta de las cosas más elementales, más pequeñas, más consabidas, más rústicas, más despreciadas. He querido ser el poeta esencial, en su tarea, de los sentimientos nacionales”. (“Soy un poeta de utilidad pública”, Editorial de la Universidad de Valparaíso, 1992).

Según este texto, en su poesía se reunirían cuatro cosas: en primer lugar, un interés por dirigirla en forma amplia, hacia todos los que deseen leerla, un deseo de que su poesía hable de lo que a todos nos

interesa y en una forma fácilmente accesible. Como se ve, ésta no es todavía una definición estrictamente temática: es simplemente una declaración del propósito de no ser un poeta elitista, sino un poeta de todos. En segundo lugar, viene lo que para nosotros, por el momento, es lo más importante: la definición de su poesía como un decir que intenta poner a la luz, eso que recién hemos llamado “lo innombrable”, y que él, aquí, menciona como “la informalidad salvaje de lo desconocido”, es decir, el fondo a que apunta toda realidad natural y cuya metáfora privilegiada en esta poesía, como muchos lo han señalado, será el mar (“lo profundo”). En tercer lugar, una dirección, que lejos de excluir la anterior, la complementa, la de las cosas elementales, es decir, la que entra en la multiplicidad inagotable de la vida concreta, para develarla en cada uno de sus aspectos, sin establecer falsas jeraquizaciones o valoraciones prejuiciadas. Y en cuarto lugar, lo que de alguna manera reúne todo lo anterior, el designio de buscar en todo ello, lo que nos identifica a los chilenos en un “espíritu de unidad y un sentimiento de ser nación”, es decir, eso que llamamos comúnmente, “la patria”. Estas cuatro ideas son las bases sobre las que se asienta toda la obra poética de Pablo Neruda. Cada una de ellas reenvía hacia la otra, de tal modo que sólo en su mutua pertenencia podemos entenderlas correctamente. Comprender la obra de Neruda, no es otra cosa, que conocer cuál es la mutua interdependencia entre estos cuatro factores.

Pero digamos desde ya, que, si bien estas cuatro cosas mencionadas aquí, han de ser siempre comprendidas como aspectos de una sola realidad poética, no es menos cierto que en ellas hay un cierto orden de precedencia, que no puede ser pasado a llevar. El propósito de hacer de la poesía un lugar en que todos los hombres sin distinción se encuentren a sí mismos y reconozcan allí su propio mundo, es una meta principal de la poesía de Neruda. Mucho se ha hablado ya de este rasgo y nosotros por el momento, no insistiremos en él. Lo mismo podemos decir del último carácter señalado, el deseo de que esta poesía sea, en un sentido que en otros trabajos tendremos que determinar más precisamente, un vínculo patrio, un modo de la fundación de lo propio. Pero como se verá, lo que entre estas dos exigencias se presenta como más definitorio de la esencia poética, son las dos notas centrales que, como ya ha quedado señalado, son los dos polos de toda realidad, lo innombrable metafísico y lo concreto elemental.

Estas dos realidades no se excluyen. Es fácil mostrar en el caso del mar, por ejemplo, cómo el devenir, en que se expresa la multiplicidad marítima, y lo que Neruda nombra como, “fondo quieto”, de donde brota la primera, son en definitiva, diferentes aspectos de lo mismo. Igual cosa ocurre con lo elemental y lo metafísico, que no son más que la forma de

expresión genérica de lo anterior. Sólo que en este caso, la epifanía de lo oculto y la mostración de lo concreto, presuponen poéticas diferentes, que están perfectamente diferenciadas en la obra del poeta. Por una parte, la poética de lo que se pudiera llamar, la “mística natural”, que forma la clave central de nuestra interpretación, y por otra, la poética de las Odas Elementales, que requerirá de una especial elaboración. Comprender estas dos poéticas en su unidad y diferencia, sólo será posible, comenzando por abordar cada uno de estos aspectos por separado. Siguiendo el plan que parece surgir de la propia presentación que nos hace Neruda de la esencia poética, estamos obligados a centrarnos por el momento en lo metafísico. En un trabajo posterior, intentaremos mostrar las bases de la poética de lo elemental, para finalmente presentar la relación entre ambos aspectos y sus presupuestos filosóficos.

Podemos afirmar, sin embargo, que existe una cierta precedencia de lo metafísico, en la medida en que es esto lo que se nombra primero, y además, porque es esto, lo que en el Memorial de Isla Negra aparece claramente definiendo la esencia de la poesía. Si este criterio fuese válido, podríamos afirmar que detrás de toda poetización concreta de la realidad, estará siempre de alguna manera comprometida la experiencia poética base, de donde surgen todos los sentidos concretos. Y de allí proviene que podamos hablar de un “sistema poético”, originado en la experiencia de base, que en el caso de Neruda puede ser determinada primero como experiencia de la “tierra”, y, posteriormente, como experiencia del “mar”. En qué sentido la esencia de la poesía que se manifiesta en la experiencia metafísica, es lo que está detrás de toda poetización concreta de la realidad, es lo que tendremos que aclarar en lo que sigue. Volvamos entonces a lo que nos enseña el propio Neruda en su poema.

### 3

Notemos que la primera frase, “Y fue a esa edad...etc.”, que intenta mostrarnos cuando y cómo fue la entrada de la poesía en la vida del poeta, se queda en lo indeterminado: “Y fue a esa edad...”. Preguntamos: ¿A cuál edad? Los puntos suspensivos marcan que el momento en que llega la poesía a la vida del sujeto, no puede ser fechada. Y sin embargo hay una cierta determinación, pues en algún momento, ésta llega. Esta mezcla de determinación e indeterminación, se reafirmará todavía más claramente más adelante, y debemos entenderla como una manera de comprender, en su mutua interdependencia, el comienzo y el origen. En efecto, el origen es aquello hacia lo cual, todo lo que vendrá después, tendrá que remitirse, la fuerza matriz de la que se nutre constantemente la visión poética. El origen, en la medida en que manifiesta por primera

vez su poder en un cierto momento de la vida, es un comienzo, pero esto no quiere decir que su esencia se agote en ser esta primicia en un proceso meramente temporal. El origen, en la medida en que la poesía continúa su camino, sigue constantemente manifestando su poder fundante. Por eso el comienzo del origen, no por ser recordado, deja de ser determinante. Al contrario, discretamente sigue orientando la intuición poética en cada una de sus formas de realización concreta. Y esta es la razón por la cual, el origen puede ser vagamente ubicable en el tiempo, sin dejar de ser por ello, el fecundo y continuo impulso del que brota toda poesía.

Pero por el momento, tal como se muestra en el poema que comentamos, lo decisivo es aclarar que la razón de esta indeterminación del origen, proviene de ser la poesía algo que llega desde afuera (“llegó la poesía a buscarme...”), que escapa en cierto modo a lo que el individuo haya podido disponer con respecto a sí mismo, que ha surgido en él como un estado nuevo de su propio ser, como algo que se ha ido trabajando en su alma, sin que él lo haya podido completamente controlar. La poesía aparece así, como algo que no es del ámbito de lo que el sujeto actuante puede determinar. Veamos que implicaciones filosóficas tiene este modo de presentación de la poesía.

La razón técnica nos tiene habituados a pensarlo todo como actividad finalista y responsable de un sujeto. La planificación, el designio, la voluntad, el control, lo explican todo. Si yo puedo desmontar una realidad, e introducirla en el esquema de la acción planificada, todo se hace claro: un sujeto responsable de sus actos ha dispuesto las cosas de ese modo. El diseño realizado por este sujeto transparente, que actúa exactamente en el sentido de lo que él se representa, basta para hacerlo todo comprensible. Todo responde a una voluntad, tiene su causa en ella, y obtiene su sentido, de lo dispuesto por ella. Esto, en el ámbito de lo mundano, hace transparente toda acción y todo proceso. De este modo, se cree comprender los fenómenos sociológicos, el arte, y hasta los acontecimientos históricos más complejos, que son “explicados”, suponiendo detrás de ellos una acción planificada de individuos u organismos omnipotentes, que controlarían todos los factores que intervendrían en dichos sucesos. Esta lógica exegética ha encontrado su forma más universal, a través de la concepción de Dios como un “Gran Hacedor”, sujeto creador y planificador del destino del mundo, cuya actividad puede dar cuenta de todo acaecer, como construcción sujeta a un designio racional y moral. De acuerdo con este tipo de esquema, todo ha aparecido así, construido, dominado, diseñado, sometido a una voluntad, y por consiguiente, perfectamente transparente a las posibilidades de comprensión humana.

Pero la poesía, tal como nos la muestra este poema, no puede ser

explicada de este modo, precisamente porque ella se presenta como algo proveniente de una esfera que no puede ser dominada, reacia a la voluntad y a la acción del hombre. La poesía implica, por el contrario, una suerte de pasividad de parte del sujeto. Ella llega a buscar al poeta, viene de un ámbito que éste no domina, ni puede dominar. La poesía testimonia de lo indomable, del territorio que excede el poder de lo humano. Por eso el poeta no sabe decir de donde vino, de donde salió, como se produjo en él este extraño fenómeno, que sin embargo, le es familiar. Y le es cercano porque puede reconocerlo como algo que desencadenó en él ese ser poético iniciado en el joven, un poco aturdido, que no supo bien que le pasaba, y llevado a término finalmente por el artista maduro, que por fin puede hablar de ello con propiedad.

En el poema "Pampoesía", del mismo "Memorial de Isla Negra" (II, "La luna en el laberinto"), que puede valer como una explicación de la poesía desde otro punto de vista, este rasgo invasivo de la experiencia poética original queda claramente señalado en las siguientes palabras:

*"Y es un oficio extraño (la poesía) que te busca  
y que se esconde cuando lo buscaron..."*

Es decir, un oficio que no se hace a voluntad, que no admite planificación, ni búsqueda, y frente al cual, el poeta sólo puede cultivar su disponibilidad para que la poesía aparezca, pero jamás controlar su aparición. Desde el momento en que la poesía es buscada, ella se esconde, pues sólo admite nacer de la espontaneidad, jamás de lo programado. Ella es descubrimiento, sorpresa, milagro, hallazgo<sup>1</sup>.

4

Volviendo a nuestro poema, en el caso de esta experiencia que se relata, que marca el comienzo un poco a tientas del poeta, y que como ya sabemos, es aparición de un ámbito "exterior" al dominio de lo subjetivo, se dice que ella podría provenir "de invierno o río, de las ramas de la noche". En todo caso, de algo que está vagamente fuera, y que no es asequible sin más. En este primer nivel, la poesía se muestra como algo muy indeterminado que se nombra con la palabra, "llamado": "...pero desde una calle me llamaba...". La poesía es llamado que proviene desde

<sup>1</sup> Digamos que el primer pensador que ha señalado inequívocamente este rasgo de la poesía, es Platón, quién en su diálogo "Ion" (534), dice: "El poeta, en efecto, es cosa ligera, cosa alada, cosa santa, y no será todavía capaz de crear hasta que se haya transformado en un hombre habitado por un dios, hasta que haya perdido la cabeza, hasta que su propio espíritu no esté más en él. Mientras todo esto, al contrario, esté en su posesión, ningún ser humano será capaz, ni de crear, ni de vaticinar".



lo otro, desde lo no dominado. Este llamado, en cuanto experiencia, sorprende a quien la tiene. No depende de lo social, ni de la soledad, puede igualmente venir estando entre los demás, o estando solo (“de pronto entre los otros, entre fuegos violentos, o regresando solo”), puede provenir de una calle, o “desde las ramas de la noche”. Súbitamente llega y se apodera de nosotros.

Pero este llamado “no es ni voz, ni palabra, ni silencio”. Estas palabras muestran, que de parte de Neruda hay una clara conciencia de lo que puede aparecer como una mala interpretación de esta experiencia decisiva, interpretación que debe ser rechazada, si se quiere acceder a lo que el poeta quiere nombrar. Lo que la poesía no es, nos desbroza el camino hacia lo que ella es. Ella es una vivencia anterior a la palabra. No es sin más, palabra que provenga desde lo otro. Es llamado, convocatoria, pero no palabra. ¿Cómo es posible un llamado que no es palabra, ni voz, ni silencio?

Determinar esto es importante, porque nos permitirá darle sentido a esa afirmación mil veces repetida, según la cual, “todos somos poetas”. En efecto, la experiencia poética, anterior a la palabra, es una experiencia común a todos los seres humanos. El poeta es quien extrema esta experiencia y la corona con la palabra. La palabra es posterior. La palabra puede venir o no venir, y cuando viene, puede ser acertada o no acertada. Ella es acertada cuando proviene de la cosa misma, cuando emerge en nuestro hablar, haciendo surgir en toda su presencia, la cosa nombrada. Ella es voz hueca, cuando nombra sin mostrar, cuando sólo se limita a designar la cosa sin iluminarla, cuando llama sin que lo llamado acuda a la cita.

Pero la experiencia primera, anterior a la palabra, que podríamos llamar “prepoética”, es un llamado, es decir, una interpelación que nos hace volvernos hacia lo que se llama, para fijar nuestra mirada en ello, y desentrañar su sentido<sup>2</sup>. Este llamado es, en cierto modo, una apertura

<sup>2</sup> Es importante señalar que lo que hemos estado llamando “experiencia prepoética” y que Neruda entiende como “llamado”, corresponde en una cierta medida a lo que los poetas románticos llamaron “inspiración”. Nietzsche, en *El origen de la tragedia* (5), recordando la carta de Schiller a Goethe, del 18 de marzo de 1796, llama a este fenómeno, “disposición musical”: “Schiller ha lanzado alguna luz sobre su manera de escribir, a través de una observación psicológica, que siguió siendo para él inexplicable, pero que sin embargo, no parece dudosa: confiesa en efecto que el estado preliminar del acto poético no ha consistido jamás para él en una serie de imágenes ordenadas según el encadenamiento causal de las ideas, sino más bien en una disposición musical”. La diferencia está en que Schiller y Nietzsche abordan esta experiencia en sus implicancias filosóficas y metafísicas, mientras que Neruda subraya su carácter de apertura de las cosas, en concordancia con lo que Heidegger llamaría “el estado de abierto” del ser ahí, en que se hace patente el mundo.

de las cosas. Son las cosas mismas las que de pronto nos interpelan, abriendo su sentido, y de tal manera, que esa propia interpelación es hallazgo del sentido. Normalmente, en nuestra vida cotidiana, en que estamos sumidos en nuestros quehaceres, las cosas forman en torno nuestro una totalidad coherente, en la cual estamos inmersos sin que descubramos sus verdaderas caras. Vivimos en la opacidad de la significación, o si se quiere, en una significatividad operativa, en la cual sabemos habérnoslas con las cosas, sin que ellas se perfilen ante nosotros en sus cualidades o características esenciales propias, sin que ellas se muestren por sí mismas. Vemos sin ver, oímos sin oír, olemos sin oler. Todo está allí, pero en cierto modo, oculto, percibido en forma subliminal, sin llamarnos la atención. Pero dentro de este sonambulismo cotidiano, de pronto algo nos interpela, nos exige concentración, nos conmueve o nos inunda. Es el llamado de las cosas, que de pronto abre una brecha en esta armonía ficticia en que estábamos, y nos incita a entrar en la aventura del descubrimiento del mundo. La palabra es requerida desde esta vivencia, pero esta última perfectamente puede quedarse sin palabras. Algo puede ser llamado sin ser voz, ni palabra, ni silencio. Es el aparecer mismo de la cosa, desde sí misma. La palabra es posterior a este aparecer. Por eso esta interpelación nos puede dejar "sin saber que decir". La frase, "Mi boca no sabía nombrar", significa que en esta primera fase, la vivencia impulsa hacia la palabra, pero ésta no necesariamente la encuentra. El llamado no es palabra, porque es anterior a la palabra. Y no es voz, porque no hay nadie que hable en la presencia misma de las cosas, son ellas mismas las que nos interpelan. Y no es silencio, porque el silencio es la plenitud de la palabra, de lo ausente (de lo que no es cosa), y en ningún caso, un llamado de las cosas.

Así, en el poema que comentamos, que intenta mostrarnos los primeros pasos del poeta, este primer llamado se queda en la pura interpelación que no sabe descifrar el mensaje de lo que llama. El joven poeta no sabe reconocer aún la dirección que debe seguir su escucha, para que pueda surgir desde ella, la palabra que nombra lo que pide ser nombrado. Sus ojos son ciegos, su sabiduría no alcanza todavía para prestarle su ser a lo que se presenta neblinosamente en su horizonte. Él siente en sí la quemadura de lo otro, pero no sabe aún distinguirlo de sí mismo, sus sensaciones son confusas, desconoce las claves para descifrar sus experiencias. A pesar de ello, lo esencial se ha realizado ya, algo se ha abierto paso a través de su ser, su alma ha comenzado a sentir dentro de sí, la presencia de lo otro, el llamado no se sabe descifrar, pero está allí presente, empujando al ser abierto, hacia la palabra. La poesía ha comenzado sin que aparezca todavía el poema.

## 5

Aunque esta experiencia todavía es confusa, aparecen con ella ciertos rasgos que nos entregan una determinación más precisa del llamado. La poesía aparece entonces como la experiencia de que “algo golpea en el alma”. En este caso lo que golpea puede ser “fiebre, o alas perdidas”. “Fiebre” en el sentido de un estado particular que modifica el alma (estado de ánimo, estado del alma). El alma es el centro desde el cual se siente el mundo. El alma es, en cierto sentido, el eco de las cosas y por eso, en cierto modo, “es todas las cosas”. El alma es la propiedad de nuestro ser, de ser abierto, es decir, de no tener sus confines en sí mismo, sino en aquello hacia lo cual se vierte, ese modo de ser que obliga a que toda experiencia de nosotros mismos sea, al mismo tiempo, experiencia del mundo, y al revés, que toda experiencia del mundo, sea experiencia de nosotros mismos.

Y esta doctrina es tan antigua como la filosofía. El propio Aristóteles, que intenta refutarla en su tratado “del Alma” (Del Alma, I, 5, 411a), la reconoce ya en Thales de Mileto, y la relaciona con el reconocimiento de lo divino en el mundo: “Hay también algunos filósofos para los cuales, el alma está unida al universo entero: y de ahí tal vez viene que Thales haya pensado que todo está lleno de dioses”. En Heráclito, la misma idea es expresada en la afirmación de la infinitud del alma como su cualidad esencial: “incluso si recorres todas las rutas, no encontrarás los límites del alma. Tan profundo es su Logos”. La misma doctrina, retomada por Platón, vuelve a aparecer en Plotino (Enéadas, V, 7, 1, 7-10. y Enéadas IV (Trat. IV 3)) y también en Sexto Empírico, en su obra “Contra los Matemáticos”, en la que esta idea aparece unida a la famosa enseñanza, según la cual, “lo semejante conoce a lo semejante”. Ella es presentada además en este libro, como principio supremo de todo conocimiento, y así pasará a la Patrística y la Escolástica, siendo refutada o aceptada según los diferentes pensadores. Volverá a aparecer en el pensamiento de Giordano Bruno, en el de Spinoza y finalmente en el de Schelling, para quien será la base de lo que se comprenderá como “razón”<sup>3</sup>.

Es importante subrayar, que en esta tradición filosófica, la idea de fondo es la de la identidad o síntesis entre el alma y el mundo, síntesis que explica la posibilidad de que algo sea conocido, de la presencia del

<sup>3</sup> “La única especie de conocimiento en el que, no es el sujeto, sino lo absolutamente universal (por consiguiente lo Uno) quién sabe, y dónde, precisamente por esto mismo lo absolutamente universal es lo único en ser sabido, es la razón. (F.W.J. Schelling, Aforismos para introducir a la filosofía de la naturaleza, b) De la razón como conocimiento de lo absoluto, Aforismo 45)”.

alma en todas las cosas, y a su vez, de la presencia de todas las cosas en ella. Cuando "algo golpea en el alma", es cuando las cosas comienzan a hacerse presentes en ella, cuando el alma, cumpliendo su esencia abierta, comienza a descubrir los sentidos del mundo.

Por otra parte, las "Alas perdidas" son alas que vuelan, pero que no saben adónde ir, que no tienen ruta, no tienen metas, no saben de direcciones, es decir, son libertades que se tienen de pronto y con las cuales no se sabe qué hacer; se multiplican las posibilidades, pero estos posibles se pierden. Son los primeros atisbos de la visión poética, los primeros pasos, a tientas, en los cuales alguna luz se enciende, pero que nada ilumina todavía, porque no se sabe qué hacer con esa luz. Digamos además que estas alas perdidas son la primera alusión a la libertad, hacia la cual apunta todo este poema, y con cuya determinación más profunda, éste se cerrará. La libertad de este cierre será la experiencia más profunda y radical que pueda tener el ser humano de sí mismo, con lo cual aparecerá la poesía en su más íntima vinculación con la propia esencia de lo humano. Pero en estos ensayos primerizos la libertad será ganada, para ser perdida de inmediato, como un recurso que la vida nos regala, pero del cual todavía no sabemos hacer uso.

"Y me fui haciendo solo...". Pero lo dicho no invalida que también haya un hacer del poeta y un hacerse poeta. En el caso de Neruda, este hacerse es sin ayuda externa, es un camino hacia el descubrimiento de sus potencialidades poéticas, un trabajo sobre sí mismo, por el cual él va desarrollando su propia espontaneidad. Este hacer no destruye la pasividad de base de la experiencia prepoética, sino que la cultiva y la lleva a su punto culminante, a su máximo poder receptivo del llamado. La culminación del llamado, en cuanto síntesis ya señalada entre sujeto y objeto, es la palabra. Hacerse poeta es así, encontrar la palabra exigida por el llamado. Pero la palabra misma es espontánea. Todo hablar es espontáneo. No existiría ninguna posibilidad de hablar, si el habla fuese un instrumento. Tampoco en el habla el hombre domina, también en ella se experimenta una particular pasividad, un renunciamiento al control, un dejar que vengan a uno las palabras.

Y de esto deriva, que lo que se llama "la técnica literaria", sea algo de esencia muy diferente a la técnica constructiva o ingenieril. En la poesía lo que se busca es precisamente una suerte de pasividad, que permita que las palabras surjan desde las mismas cosas, no un control, que más bien destruiría la posibilidad del decir espontáneo. El resultado puede ser analizado a posteriori, permitiendo siempre descubrir en él, un "orden", o una "lógica", que parecieran haber regido conscientemente la creación. Pero el acto creador no ha tenido conciencia de esta legalidad, porque se ha realizado como una entrega espontánea a ella. En él, han coincidido

el descubrimiento del decir, o de su necesidad, con la aparición de la cosa y con el hallazgo de esa ley. El poeta es doblemente receptivo, y en este sentido, doblemente no técnico: receptivo de lo que se alza ante sí como sentido del mundo, de sí mismo y o de las cosas, y receptivo de la legalidad expresiva que viene a imponerse a él como única forma de posibilitar su aparición. Los análisis puramente “técnicos” de la poesía, olvidan que el poeta es el primer sorprendido con su propia palabra, y que si esto no fuera así, la poesía misma sería imposible. El descubrimiento del orden ante el cual el artista se ha inclinado, es como un estudio anatómico, que va disecando las partes de un cuerpo ya fenecido, pero que no tiene en cuenta el momento de la vida creadora, que es siempre, como no nos cansaremos de decirlo, hallazgo y libertad.

Hacerse poeta es descifrar la quemadura, la vivencia, el llamado de lo otro, la síntesis entre sujeto y objeto. El descifrar es encontrar la palabra que falta, pero que viene exigida desde la experiencia prepoética. Al principio, el poeta puede no encontrar esta palabra, puede escribir sin cuerpo, “pura tontería, pura sabiduría del que no sabe nada”. En el hacerse poeta hay presupuesto un saber hacer. Pero este saber hacer no puede entenderse como esencia poética. Tampoco esta esencia parece encontrarse en la palabra. La esencia de la poesía es el llamado, la síntesis, la unidad, aquello que es condición de posibilidad de todo lo anterior. Y por eso, todo proceso de formación poética, no es otra cosa que el camino por el cual, de maneras diversas, cada artista encuentra el modo de potenciar esa síntesis que desarrolla las posibilidades intrínsecas del alma.

Esta misma experiencia de trabajo del alma, está relatada en forma muy vívida en el poema ya citado, “Pampoesía”, en el que Neruda muestra el proceso de ir haciéndose poeta como un:

*“ir picando una piedra que nos pesa,  
ir disolviendo el mineral del alma,  
hasta que tú eres el que está leyendo,  
hasta que el agua canta por tu boca”.*

La primera frase señala hacia un trabajo que el poeta está obligado a hacer en sí mismo, trabajo que consiste en ir disolviendo un peso, ir alcanzando una libertad, en la cual los obstáculos para ser sí mismo, se van superando. Este sí mismo es, al mismo tiempo, un modo de ir haciéndose cada vez más apto para realizar en sí, la síntesis que presupone la palabra poética. El sí mismo ya no está interferido por elementos extraños que perturban su autenticidad, ya que no hay dentro de él sentimientos, emociones o ideas, que no sean las que brotan genuinamente de su propio ser. Pero esta autenticidad, este acercamiento a sí,

lejos de ser un confinamiento del individuo dentro de sí, un ensimismamiento negador de su otro, es una apertura y una disponibilidad para que lo otro hable por su boca. “Hasta que tú eres el que está leyendo”, hasta que toda interferencia para que seas tú mismo se ha eliminado, “hasta que el agua canta por tu boca”, hasta que desde esta limpieza y recogimiento en sí, se dispone tu alma como una presencia de las cosas mismas, que hablan por tu boca.

## 6

Recapitulando, podemos decir que la primera determinación de la esencia de la poesía es lo que se ha presentado como “llamado”, la segunda es la palabra, que espontáneamente ha surgido desde lo que llamaba, desde lo otro, y ambas son formas de la síntesis entre el alma y el mundo, síntesis que a su vez, es, como ha quedado dicho, la esencia misma del alma. Pero todavía falta una tercera determinación, que es la más importante, porque ella explica de qué modo esa esencia poética que trae consigo el llamado, y que en la segunda fase había adquirido una suerte de realización en la búsqueda de la palabra correspondiente a las cosas que interpelan, alcanza su máxima expresión. Demás está decir que esta máxima determinación sólo podrá encontrarse en aquello que posibilita toda síntesis ulterior, es decir, en aquello que, en cuanto síntesis original, es condición de posibilidad de todas las demás síntesis.

La frase, “Y de pronto el cielo...” es la que nombra precisamente esta tercera fase de consumación del llamado. En esta tercera fase, lo que convoca o interpela es el cielo, y a través del cielo, lo que ya hemos encontrado en la etapa anterior de nuestra elucidación, el universo.

La descripción del descubrimiento del cielo anuncia su sentido. Lo que se mira es el cielo estrellado, lo que se ve, es el universo. El universo es la totalidad de lo uno, que se vierte y revierte en su ciclo eterno. El verso de lo uno es el eterno vertirse que se muestra en el cielo. El cielo, por más penetrante que fuese nuestra mirada, no es más que un fragmento, un fondo oscuro lleno de puntitos brillantes que ya la antigua astronomía había contado minuciosamente. Mirando un fragmento, vemos la totalidad. La noche, por su magnificencia, nos permite atravesar lo fragmentario y ver lo Uno-Todo. Es por esta razón, que la filosofía, que testimonia de esto Uno, en su lejano origen milesio, aparece siempre ligada a la observación de la noche. La noche, en cuanto en ella vemos lo que nos nubla el día, es el organon privilegiado de los filósofos. El día es la ilusión de lo humano, el ámbito de la luz, de la protección, del calor. La noche nos devuelve al abismo, al peligro, al misterio. La noche es la intemperie de la vida. El día es la guarida. Por eso, en la noche se hace presente lo que en este caso es nombrado de nuevo, “el universo”:

*“Y vi de pronto  
 el cielo  
 desgranado y abierto,  
 planetas,  
 plantaciones palpitantes,  
 la sombra perforada,  
 acribillada  
 por flechas, fuego y flores,  
 la noche arrolladora,  
 el universo”<sup>4</sup>.*

Como en el caso de otros poemas anteriores del mismo libro (El Primer Mar, por ejemplo), volvemos a estar aquí en presencia del universo. Pero como allí, esto es solamente un primer paso: la última estrofa del poema es la decisiva, en ella se dice por fin lo más importante. Ella parte con la afirmación de la insignificancia del hombre. El poeta, inmerso en el universo es un ser mínimo. “Y yo, mínimo ser, ebrio del gran vacío constelado...”. Parecería que la experiencia fuera a concluir en esta pura disolución de lo humano en lo cósmico. Pero como veremos, esto no es así. La más radical experiencia de la noche queda expresada en esta estrofa, que, al cerrar el poema, completa la visión de la realización de la esencia de la poesía como síntesis suprema. La frase: “y yo mínimo ser, ebrio del gran vacío...” es, en realidad, la ubicación de sí mismo dentro del Uno-Todo. Esta ubicación nombra lo definitivo, porque en ella se manifiesta lo que es este mínimo ser, su verdadera grandeza, que consiste en pertenecer íntimamente a esta totalidad que se revela. Pero además, en esta experiencia que el poeta tiene de su propia esencia humana, se revela también lo más significativo para nosotros, vale decir, el contenido de esta esencia.

El hombre es llamado aquí: “parte pura del abismo”. Parte pura, quiere decir, parte sin contaminación de otra cosa que no sea eso, parte en la cual, lo propio de lo que se trata, se realiza en plenitud. En este caso,

<sup>4</sup> Si bien, para los efectos de nuestra interpretación, en este poema es irrelevante el vínculo de esta experiencia de la noche con elementos biográficos, es conveniente recordar aquí su propia descripción del nacimiento de “El hondero entusiasta”, uno de sus primeros libros. En una conferencia dada en la Biblioteca Nacional de Santiago, el 7 de agosto de 1964, el poeta dice lo siguiente: “Recuerdo que, desprendiéndome ya del tema amoroso y llegando a la abstracción, el primero de esos poemas, que da título al libro, lo escribí en una noche extraordinariamente quieta, en Temuco, en verano, en la casa de mis padres. En esta casa yo ocupaba el segundo piso casi por entero. Frente a la ventana había un río y una catarata de estrellas que me parecía moverse. Yo escribí de una manera delirante aquel poema, llegando tal vez, como en uno de los pocos momentos de mi vida, a sentirme totalmente poseído por una especie de embriaguez cósmica”. (Revista Mapocho, Tomo II, N° 3, de 1964).

el abismo. Lo cual viene a significar que en lo más propio de nosotros mismos, somos abismo, pero más todavía, que somos la parte más pura del abismo, el abismo mismo, la parte en que el abismo se hace propiamente abismo. Este hacerse propiamente abismo es el infundado ser del hombre, que no se puede recuperar para sí, ni siquiera a lo largo de toda una vida dedicada a la finalidad consigo mismo y que se queda siempre ignoto, oscuro, secreto.

7

¿Qué es ser abismo? Ser sin poder desentrañar su propio ser. Pero ser, en el sentido de ser este mismo no saber desentrañar. Aquello que es parte pura del abismo, es abismo en su esencia, abismo que se sabe abismo. El abismo objeto, es una oscuridad que se presiente, de la cual se avisa la presencia, allá, en la distancia. Pero el abismo que soy yo, es el abismo del puro saberse como no saber. El hombre es abismo, parte pura del abismo, imagen y semejanza del misterio. El hombre no sabe lo que él es, y en este no saber, radica propiamente su esencia. El hombre es lo abismal del abismo, el lugar entre los seres, en que aparece el abismo como abismo. Y esto se manifiesta precisamente en el momento en que el hombre experimenta su propia esencia a partir de la síntesis con lo que él no es, que a su vez se manifiesta también como abismo. Él es el corazón abismal del abismo que él no es. Lo que él es, y lo que él no es, son experimentados en una misma experiencia del abismo. El abismo es una forma esencial que adopta la síntesis entre el hombre y su otro.

Llamarle “Dios” a este gran misterio, cuyo corazón es el hombre, sería ir demasiado lejos. Y sin embargo la expresión “Imagen y semejanza del misterio” nos ubica de lleno en el lenguaje bíblico; ella nos señala que aquí, como en los libros sagrados, se está hablando de la esencia humana, que se está intentando mostrar cual es el contenido de la identidad del hombre con el universo. Y lo que se dice es que el universo es abismo, misterio, y el hombre también. El punto en que el hombre y el universo se reúnen en una misma esencia, es el abismo. Experimentar el enigma del universo es experimentarse a sí mismo como enigma, y al revés, experimentarse a sí mismo como enigma es experimentar el enigma del universo. El punto en que se une el Uno-Todo con el hombre, el punto en que ambos son lo mismo, es el misterio. La perplejidad es la manifestación de la esencia humana como enigma y la manifestación de la esencia del ser como misterio. El Todo-Uno es misterio, y por eso el hombre, que pertenece a él, encuentra su esencia en el misterio.

Pero en la palabra “misterio”, nuevamente encontramos la duplicidad ya descrita como esencia de lo innombrable. En efecto, “misterio” viene



del griego “mysterion”, derivado a su vez de “Myo”, yo cierro. Lo encerrado —a diferencia de lo meramente inexistente, lo que de ninguna manera se muestra, y frente a lo cual, hasta hablar de indiferencia sería exagerado—, es lo que se manifiesta como oculto, es lo que aparece como ausente. Lo misterioso no es la pura nada, está ahí delante, mostrando su rostro oscuro, apareciendo para ocultarse. Lo misterioso puede conmovernos hasta lo más profundo de nosotros mismos, atraernos y arrastrarnos hacia su negra presencia, imponiéndonos su regla. Lo innombrable es misterioso y al revés, lo misterioso es innombrable.

Esta unidad de lo humano y lo no humano en que el alma encuentra su esencia, es lo que se muestra en el fenómeno ya citado de la ebriedad. La ebriedad es aquí, del vacío constelado. “Ebrio del gran vacío constelado...”. Ya Nietzsche, como lo dijimos, en las primeras páginas de *El Origen de la Tragedia*, señaló la relación entre la ebriedad y la abolición de la subjetividad y el olvido de sí. La ebriedad es el estado de disolución del individuo, de sus límites, de sus controles, la pérdida de la racionalidad y de la conciencia. Y por eso en Nietzsche la ebriedad es puesta en relación con Dionisios, en el mismo sentido en que está puesta aquí. La ebriedad es la forma en que el espíritu dionisiaco busca abolir la subjetividad en dos direcciones: en el sentido de la unidad con los demás hombres y en el sentido de la unidad con la naturaleza. “Ahora en este evangelio de la armonía universal, no solamente cada uno se siente unido, reconciliado, confundido con su prójimo, sino que él hace uno con todos, como si el velo de Maya se hubiera desgarrado y ya no flotarían más de él que girones, delante del misterio de lo uno originario”. (“El origen de la Tragedia”, 1).

En el poema de Neruda lo que está subrayado es esto último, pues la ebriedad es del gran vacío. Gran vacío que a su vez, como ya lo hemos dicho, es el misterio de la manifestación de lo Uno. El hombre se experimenta como misterio porque experimenta su unidad de esencia con el vacío cósmico. Que éste sea vacío, significa que su carácter enigmático predomina sobre cualquier otro contenido. Como ya lo hemos dicho, el misterio del cosmos es el mismo misterio del hombre. Al descubrir el hombre el misterio del cosmos, descubre al mismo tiempo el misterio de sí mismo. Pero este vacío de sentido, que conlleva el misterio, no es signo de un sinsentido que cayera sobre la vida del hombre, destruyendo sus motivaciones últimas. Esta última experiencia, que es la de Sartre o de Camus, no es otra cosa que una “humanización de la experiencia del misterio”. Esta humanización consiste en remitir a la vida humana, aquello que precisamente la rebasa. De ese modo puede aparecer todo el mundo como absurdo, irracional, pues la medida con la cual se lo está midiendo es justamente la razón o el sentido. Pero en la

experiencia de este poema, lo que está afirmado es el misterio mismo. El misterio no es el absurdo, el vacío no es simplemente la experiencia de la no humanidad del cosmos, sino algo de índole positiva, una esencia oscura que se abre en su propio negarse. El misterio es la presencia de algo otro que en su faz oscura lleva la marca de esta otrosidad. El misterio es una presencia, no una pura ausencia. Y eso es lo que hace posible pensar en que, desde eso, algo puede manifestarse. El misterio, en definitiva, es un llamado, el llamado de lo cósmico. Decíamos hace un momento que la poesía era un llamado. Ahora podemos afirmar que este llamado, que viene de lo otro, cuando es experimentado en su forma más radical y abarcadora, es esencialmente misterio cósmico. Pero lo que el hombre ve en este misterio es que su propia esencia es misteriosa. El poeta se experimenta como "imagen" del misterio. El hombre está hecho en su raíz de misterio. Por eso esta experiencia cósmica es al mismo tiempo una experiencia de sí mismo.

Esto coincide exactamente con algunas afirmaciones fundamentales de Heidegger. En "Ser y tiempo" está dicho claramente: "El preguntar de esta pregunta está, en cuanto modo de ser de un ente, él mismo determinado esencialmente por aquello por lo que se pregunta en él —por el ser". La perplejidad, el asombro, que están a la base de la investigación filosófica, no provienen del sujeto humano, sino que son ya un llamado que viene del ser. Es sólo la presencia ausente del ser quien puede explicar el asombro. El asombro es la constatación de un límite de mí mismo, y a la vez, la apertura hacia lo que me rebasa. Pero el sujeto por sí mismo no es capaz de experimentar en sí algo que lo rebase, a menos que esto que lo rebasa se haga presente ya de alguna manera en él. En lenguaje heideggeriano podríamos decir que la perplejidad es ya presencia del ser en el "ahí", en cuanto el "ser ahí" es el modo de ser de un ente cuya esencia es la trascendencia<sup>5</sup>. Por eso, a su vez, el "ser ahí" (Dasein) no sólo es el ser de lo humano, sino además, la presencia del ser. El hecho de que la esencia del ser ahí radique en su existencia, proviene precisamente de que esta existencia no es la existencia de un ente común, sino la de un ser rebasado. Es el ser mismo, mostrando su rostro más oscuro, el que está detrás de la perplejidad del hombre.

<sup>5</sup> Para Heidegger, el "ahí" (en alemán, "Da"), es lo determinante de la esencia del "Dasein" (hombre). Esta peculiar manera de rebautizar el ser del ente que somos nosotros mismos, busca mostrar en el nombre mismo, que lo determinante de la esencia del hombre está en su "relación" con el ser. "Dasein" es el nombre del ente, en el cual, el ser *es* en un ahí. En esta "relación" se muestra la necesaria unidad entre este ente y el ser, que es el recinto propio de la esencia humana. En "Ser y tiempo", este "ahí" que es el "estado de abierto" del Dasein, tiene como estructuras fundamentales, el "encontrarse" y el "comprender".

En el caso de Neruda, el hombre es parte pura del abismo. Pero en esta ausencia está justamente la libertad. Libertad es el modo como el hombre es de la misma esencia que el ser. El hombre es el corazón del ser. Por eso en la perplejidad, en la presencia del misterio, está precisamente la presencia del ser y el lazo que une al hombre con el ser. La poesía brota de esa fuente matriz que es el punto en que hombre y ser son lo mismo, o si se quiere, de ese punto en que el hombre aparece como poseyendo la misma esencia que el ser. La poesía es hija del abismo, nace de la experiencia abismal de lo humano y del punto en que hombre y ser son lo mismo. Por eso este poema, que habla en forma clarividente sobre esta unidad entre hombre y ser en el abismo, se llama "La poesía" sin más.

## 8

Finalmente, de esta experiencia proviene la más pura libertad que puede imaginarse: "Mi corazón se desató en el viento". Esta libertad es en definitiva la esencia consumada de la poesía y la esencia consumada de la filosofía. Es en esta experiencia donde se realiza, en su sentido más elevado, la esencia de la libertad. Libertad no es la afirmación del sujeto frente a un objeto que lo aprisiona. Libertad no es la rebelión en contra de los poderes externos de la determinación. Libertad es el punto en que hombre y ser son lo mismo, el modo como el hombre pertenece a la esencia del ser. En la libertad el ser mismo revela su esencia. La libertad es la unidad de sujeto y determinación, es síntesis, no oposición, nace de la unidad, no de la disparidad. La libertad no es la afirmación de lo fragmentario frente a lo unitario, sino al revés, la unión de lo fragmentario en lo unitario. Libertad y destino son lo mismo. La libertad es el modo como el hombre experimenta la esencia del ser. Libertad como unidad con lo uno todo y no como afirmación unilateral de lo humano frente al mundo.

Por este motivo, el pensamiento técnico es afirmación unilateral del sujeto, y por consiguiente no puede terminar en otra cosa que en la anulación del objeto. La poesía es el contramovimiento por medio del cual vuelve siempre a experimentarse de nuevo la síntesis y vuelve a aparecer la potencia de lo otro como otro. La síntesis es el verdadero humanismo, la verdadera luz del hombre, la luz que no lo ciega empujándolo a pensarse como un ente absoluto y autosuficiente, sino que le abre la perspectiva de la pura otrosidad a la que él pertenece, como todo lo que existe.

Esta unidad es la que se muestra en la expresión, "Rodé con las estrellas". Ella significa que en la experiencia radical del universo, que es

al mismo tiempo la máxima dimensionalidad del alma, el poeta se unió al propio rodar de las estrellas, fue uno con el girar del cielo. Este girar, visto desde la ciencia, aparece justamente como un proceso determinista, reglado según leyes absolutamente incommovibles. Pero desde la experiencia del abismo, esta unidad es la de la identificación entre hombre y ser. Por eso ella tiene que aparecer como libertad. Rodar con las estrellas es la más alta forma de síntesis a la que accede el alma, porque en ella se identifica ésta con el propio movimiento del universo. De donde la expresión, “mi corazón se desató en el viento”, con la que este poema concluye. La esencia de la poesía queda así determinada finalmente como libertad en la que se realiza la síntesis entre el hombre y el universo.

El llamado en que se consuma la presencia de lo otro es la síntesis entre hombre y universo. Toda poesía es síntesis, es decir, es hablar de lo otro o de sí mismo como otro (Rimbaud lo dice claramente: “yo es un otro”). Esta síntesis es la unidad que siempre está al origen de la filosofía y de la poesía. Ambas tienen el mismo punto de partida radical. Por eso, la poesía se consuma cuando es filosófica y la filosofía se consuma cuando es poética. Ambas son posibles porque el hombre sale de sí mismo, porque ser hombre es ser un eco de eso que rebasa lo humano y sin lo cual, lo humano mismo, no se comprendería. La poesía tiene su fundamento en el hecho de que el alma sea este modo de la unidad y, por eso, ella no es otra cosa que el alma hecha palabra. La poesía es exactamente lo contrario de eso que se ha llamado “expresión de la subjetividad”, ella es forma de presencia de lo humano esencial, hecha posible por la esencia abismal del hombre. Que el hombre sea parte pura del abismo, significa que la esencia humana no tiene nada de humana, porque ella pertenece a la esencia misma del ser.

#### ABSTRACT

*A partir de una interpretación del poema, “La poesía”, del “Memorial de Isla Negra” de Pablo Neruda, se intenta determinar la poética no teorizada, pero implícita y actuante en dicho poema. El resultado de esto permite establecer tres momentos en la creación poética: en primer lugar, la experiencia prepoética o “el llamado” desde lo otro; en segundo lugar, el advenimiento de la palabra y, finalmente, la síntesis originaria de hombre y ser, que es, a la vez, la determinación del ser del hombre (libertad) y la determinación de la esencia de la poesía.*

*Based on an interpretation of the poem “La Poesía”, from Pablo Neruda’s “Memorial de Isla Negra”, the non theorized, but implicit and working, poetics of this poem are analyzed. Three moments in poetic creation are established: First, the prepoetic experience, or, “the call”; secondly the coming of the word, and finally, the originating synthesis of man and being, that is, the determination of man’s being (liberty) and the determination of the poem’s essence.*